

EL CASO ANNE

Gustavo Dessal

EL CASO ANNE

Lecciones para sobrevivir a la noche más larga

INTERZONA

INTERZONA

Dessal, Gustavo

El caso Anne: lecciones para sobrevivir a la noche más larga / Gustavo Dessal. - 1a ed. - Buenos Aires : interZona editora, 2018.

288 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-3874-75-8

1. Literatura. 2. Narrativa. I. Título.

CDD A863

El caso Anne: lecciones para sobrevivir a la noche más larga

© Gustavo Dessal, 2018

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria.

© interZona editora, 2018

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Caterina Gostisa

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Silvia Garrido

Corrección: Mónica Campos

Composición de tapa: Victoria Villalba

Producción: Mariel Mambretti

Imagen de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-3874-75-8

Libro de edición argentina.

Impreso en la India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

A Iago

INTRODUCCIÓN

Creo –aunque no estoy completamente seguro– que vi a Anne por primera vez el mismo día que el juez Delucca me llamó para pedirme que me ocupara en persona de entrevistar a aquella mujer negra. Shanice Tide había sido detenida la tarde anterior y puesta a disposición judicial con cargos de vandalismo contra la propiedad del Estado. Un bote de pintura amarilla sobre la estatua principal de la ciudad había causado un gran revuelo, especialmente entre los sorprendidos turistas que se vieron alcanzados por algunas salpicaduras. El juez reconoció al instante los signos de una alteración mental, y antes de tomar cualquier otra medida decidió enviarla a nuestro servicio. Además, el hecho de que se tratase de un miembro de la comunidad negra y de que la estatua representase el papel de los negros en la Guerra de Secesión, le añadía al asunto un toque de sensibilidad social y política que debía manejarse con cierta delicadeza. Delucca era un hombre ya mayor, con el que yo mantenía cierta amistad y simpatía nacida en circunstancias de trabajo. Había atravesado de manera honesta las diferentes e inevitables tormentas a las que un juez se enfrenta en una larga vida profesional, y hallándose a un paso de su retiro no tenía el más mínimo interés en causarse a sí mismo un quebradero de cabeza con una sentencia hecha a la ligera. Pero también era consciente de que el sector conservador de nuestra ciudad no iba a admitir que Shanice Tide, por más chiflada que pudiese estar (y lo estaba), fuera a salir indemne de un delito que muchos consideraban una afrenta imperdonable a los valores cívicos y al laborioso arte del escultor.

Los medios ya habían desplegado la noticia a todo color, e incluso las redes sociales entraban en ebullición con el debate, encendido por un acontecimiento que durante unas horas pondría un poco de pimienta en la rutinaria sopa ciudadana. Debo decir que nunca me ha gustado mucho esa estatua de los soldados negros alistados en el ejército de la Unión, bravos luchadores por la construcción de un país que al licenciarlos les pagó con un siglo de renovado desprecio. Eso mismo era lo que pensaba Shanice, aunque por supuesto me abstuve de confesarle mis opiniones, y me limité a preguntarle los motivos de su extraña acción.

No tengo por qué responder a su pregunta, dijo en un tono educado pero firme.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, menuda y bastante delgada, que sostenía la mirada con aire de dignidad, incluso de orgullo. Llevaba el cabello suelto y alisado, no muy largo, y vestía un pantalón color crema y un polo verde pistacho. Era evidente que se sentía en plena conformidad con lo que había hecho, y no estaba dispuesta a reconocer su delito ni a mostrar el más mínimo signo de arrepentimiento.

Desde luego, tiene derecho a negarse. El juez ha solicitado que la examine a fin de comprobar si es usted responsable o no del acto que ha cometido, o lo que es lo mismo, si debe ser juzgada como alguien que está en su sano juicio o si ha obedecido a un impulso que no puede dominar. Esa diferencia en la motivación del delito se traduce en una diferencia en cuanto a la sentencia. Supongo que usted sabe muy bien todo esto, pero estoy obligado a informarla. No obstante, puede rehusar esta prueba si es lo que desea.

¿Acaso existe tal diferencia?, me dijo mirándome fijamente con ojos que no pestañeaban. Soltó un largo suspiro, y añadió: Esos subterfugios legales y psiquiátricos me la traen al fresco. Claro que soy responsable. Lo soy en cualquier caso, y ahora me toca a mí afirmar que en el fondo usted también sabe eso.

Sonrió triunfante, esperando mi respuesta.

Bien, sería deshonesto por mi parte negar lo que acaba de decir. Estoy plenamente de acuerdo. Si estuviera en mi mano, cambiaría muchas leyes, incluso cambiaría muchas cosas en el espíritu de nuestras leyes, pero no tendré jamás esa oportunidad. Por lo tanto, dejemos de lado el motivo. ¿Qué podría hacer entonces por usted?

Sugerirle al juez que me encierre sin más dilaciones.

Ya veo. ¿Toma usted alguna medicación?

Hace mucho tiempo que estoy tratando de solicitarla. Los servicios sociales no me han dado ninguna solución.

¿Solución a qué problema?

Vaciló unos segundos, pero admitió la pregunta.

Llevo varios meses con ideas que me rondan en la cabeza, y que no me dejan en paz. Tengo miedo de hacer daño a alguien, tengo miedo de hacer un daño de verdad, ¿me entiende? Ahora todos se agarran la cabeza por un poco de pintura en esa puta estatua que deberían haber derribado hace años, pero no imaginan que hay cosas mucho peores que tirar pintura amarilla.

Tirar Agente Naranja, el defoliante que nuestro glorioso ejército había usado en Vietnam, pensé, pero no lo dije. Me sorprendió que ella pronunciase de pronto una palabra fuera de tono, en contraste con el educado lenguaje que venía empleando. Fue como una mancha de pintura en la noble superficie del bronce.

Tiene razón. Se pueden cometer cosas mucho más graves. Por lo que me dice, tengo la impresión de que nadie dio verdadero crédito a sus temores.

Así es. Nadie. Los trabajadores sociales me remitieron a los servicios de salud de mi área, pero allí me recomendaron que practicara algún deporte para distraer mi mente y dejar de pensar en cosas absurdas. ¿Usted cree que uno puede tener ganas de practicar algún deporte cuando sabe que está a punto de disparar contra alguien, o de arrojarlo por la ventana del despacho?

Aún no sé en qué trabaja, mentí, puesto que venía indicado en el informe del juzgado.

Soy profesora de instituto.

Ajá. ¿Qué enseña?

Historia del arte.

Historia del arte. Debe de ser muy hermoso poder dedicarse a algo así. ¿Hace mucho tiempo que aparecieron esas ideas que la atormentan?

Más o menos un año. Murió mi hermano, y entonces tuve que hacerme cargo sola de mi padre, que está muy enfermo. Mi madre falleció hace varios años. Desde que murió mi hermano, una voz me habla.

¿Alguien más la escucha?

No, supongo que no. Me habla solo a mí, y sé muy bien que eso es una alucinación. Como diría usted, “estoy informada”, añadió, dándole un énfasis burlón a esta última palabra.

Entonces me parece entender sus motivos para ensuciar la estatua. Es preferible que la encierren por eso antes de que lo hagan por matar a alguien, o que los bomberos recojan su cadáver tras haber saltado por la ventana. Tiene sentido.

¿Me dará medicación?

Claro, puedo conseguir eso. Puedo incluso conseguir que el juez Delucca dé instrucciones para que, tras la sentencia, usted venga a verme y hablemos de lo que le pasa desde que perdió a su hermano. Eso será tan importante como las pastillas. Pero si quiere hablar conmigo, tiene que ayudarme para que convenza al juez y al fiscal de que usted necesita ser escuchada.

Shanice Tide permaneció en silencio, y por fin me respondió.

Eso sería un final feliz, ¿verdad? Lo siento, no me gustan esos finales. Admito que estoy intentando por todos los medios lograr que me encierren. Pero no estoy dispuesta a dar mi brazo a torcer. No voy a seguir tolerando las injurias ni las vejaciones a las que me veo sometida desde hace un año. Un año de tortura moral es mucho tiempo, dijo mientras movía la cabeza hacia los lados y cerraba el puño con fuerza, enfatizando sus palabras que brotaban cargadas de rabia.

Aún no me ha dicho nada sobre esas injurias.

Son los descendientes del escultor los que se burlan de mí. Han iniciado una campaña en mi contra. Me han oído enseñar en el instituto que la estatua no representa para nada la verdad histórica, que es un auténtico insulto a los afroamericanos. Ni yo, ni ninguno de los hermanos negros, tenemos que soportar más eso. Exijo a las autoridades la retirada de la estatua. Exijo también un acto de desagravio por parte del alcalde. De lo contrario, las acciones continuarán. Y no seré la única que lleve a cabo esa misión. Lo de ayer fue solo el comienzo. Vendrán muchos, seremos miles los hermanos dispuestos a dar un escarmiento a todos los que nos han vejado durante siglos.

Ahora sí, Shanice Tide se mostraba en todo el esplendor de su locura. Su rostro abandonaba el gesto de altiva indiferencia y cobraba una expresión pasional cargada de odio. Las palabras brotaban envueltas en una espuma de furia, esa misma furia con la que había arrojado un bote de pintura amarilla sobre una estatua que representaba el sacrificio de los negros por la causa de una libertad que acabaría siendo traicionada. Estaba loca, sin duda, pero su locura arrastraba la corriente del río de la historia, lo cual le confería una gran dosis de autoridad.

Contra eso, le reconocí, no hay pastillas que valgan, ni palabras que puedan reparar el daño. No puedo prometerle que las autoridades prestarán oídos a su petición de retirar la estatua, aunque sea legítima.

Entonces no hay nada más que decir.

Quizás tenga usted razón, pero alguna vez habrá que poner fin a esta guerra infinita.

¿Y por qué tendría que ser yo quien diera el primer paso? Son ellos los que deben pedir perdón.

¿Por qué usted? Solo se me ocurre un buen motivo: porque usted ha visto la verdad, y al hacerlo, la verdad la compromete aunque se resista a admitirlo. Improvisé la respuesta más grandilocuente que entonces se me ocurrió, porque me daba cuenta de que Shanice esperaba unas palabras que estuvieran a la altura de su reivindicación. Y acerté.

Aflojó los puños, relajó el gesto, y me miró como si quisiese cerciorarse de que dentro de mí no había ningún truco nuevo escondido.

De acuerdo, me dijo. De acuerdo. Usted gana. Dígale al juez que vendré a verlo. ¿Puedo marcharme?

Puede marcharse.

Le extendí la mano, pero no quiso aceptar el saludo. Se limitó a despedirse con un movimiento de cabeza. Afuera, un oficial la esperaba para esposarla y llevarla de nuevo al juzgado. El calor era tan agobiante que ni siquiera el aire acondicionado bastaba para combatirlo. Vi a Shanice alejarse y al instante sonó el teléfono. La secretaria de Delucca me avisaba que tenía un nuevo encargo.

Lo siento, doctor Palmer, no sé si se debe al calor o qué demonios sucede en estos últimos días, pero estamos desbordados. Es como si hubiesen abierto todos los manicomios de la ciudad, bromeó. ¿Le será posible ver a esta mujer hoy mismo? Está muy agitada.

Vi a Anne esa misma tarde. Efectivamente, estaba muy agitada.

Como Shanice Tide, ella también tenía sus motivos.

¿Y has podido convencer a esa mujer negra con semejante argumento?, me preguntó el juez Delucca al día siguiente cuando hablamos por teléfono. Asombroso, doctor.

Sí, es asombroso que todavía existan personas a quienes la palabra “verdad” consiga convencerlas de algo, contesté riendo.

I

El oficial de turno gruñó tras colgar el teléfono, y miró su reloj. Eran las cuatro de la tarde. Llevaba más de seis horas atendiendo llamadas. Dio un sorbo al café que languidecía tibio en el fondo del vaso, pulsó un botón, y se puso al habla con el coche que la pantalla del ordenador indicaba como el más disponible y próximo al área de la denuncia.

Atención, tenemos un código 507 en el 359 de Fuller Street. Mujer blanca, unos cincuenta años, obesa, viste conjunto deportivo color mostaza. Al parecer no va armada. Lleva más de una hora organizando un escándalo en la calle. Amenazas al marido y a las hijas. Ha llamado él, y también unos vecinos.

El oficial volvió a gruñir. En otra época habría podido decir: “Atención, muchachos, ha llamado un imbécil, un puto maricón de mierda asustado porque su mujer lo amenaza desde la calle, y el tío quiere que se la espantemos. Hay que joderse. Lo siento, chicos, pero tienen que ir a ver qué demonios le pasa a esa loca. Blanca, rechoncha, unos cincuenta años. Por lo que cuenta el muy idiota, lleva un trajecito color mostaza, o eso me pareció escucharle, al que valdría la pena que le hagan una foto”. Por desgracia, ahora todas las conversaciones se grababan, y uno ya no podía descargar a gusto con los compañeros.

El agente Andrew Miles aceleró el coche, y sin poner la sirena se dirigió hacia el sur. Estaba a pocas manzanas del lugar, y al llegar no hizo falta observar demasiado para descubrir el objetivo de la denuncia. Apostada frente al número 359 de Fuller Street, una mujer de mediana altura, excedida en kilos y que vestía un conjunto de jogging de un color inverosímil, algo intermedio entre la mostaza francesa y

la diarrea de pato, aullaba como una posesa mientras arrojaba hacia arriba, apuntando a una de las ventanas del edificio, toda clase de prendas de vestir que llevaba en varias bolsas de supermercado. Algunos vecinos estaban asomados en las ventanas, no muchos, debido a que todavía era temprano y probablemente la mayoría aún no había regresado del trabajo. Muchos peatones se cruzaban de acera para evitarla y giraban la cabeza mientras seguían su camino. Los conductores, curiosos, disminuían la velocidad unos instantes, tanto como lo permitía la impaciencia del tráfico. La mujer se movía nerviosa de un lado a otro de la calle, agitaba los brazos, y gritaba con un volumen de voz que parecía salido de un megáfono. El tono era una mezcla de desesperación y resentimiento. Aullaba los nombres de dos mujeres, rogándoles que volvieran a su lado. Alternaba la súplica con la ira, como si adoptase el papel de dos personas diferentes que no tuviesen nada que ver entre sí. Incluso la voz parecía cambiar, como en los trucos de los ventrílocuos. Por momentos se asemejaba al bramido de un enorme animal moribundo, y ante la vista del agente Miles y su compañera Sarah Farrington cambió a un gemido sin palabras. Siguió arrojando las prendas hacia arriba, y cuando caían las volvía a lanzar, pero el movimiento era cada vez más lento porque empezaba a sentirse exhausta. Ya casi no podía agacharse, hasta que finalmente cayó sentada sobre el suelo, hundiendo el rostro entre las manos sin dejar de gemir. Estaba rodeada de pantalones vaqueros, jerséis, faldas de colores, ropa interior femenina, zapatillas y zapatos de tacón desparramados, como si hubiese saqueado unos grandes almacenes. Los agentes se acercaron despacio, y permanecieron a cierta distancia para no asustarla. Sarah Farrington le habló con gran suavidad.

¿Anne? ¿Es usted Anne Kurzinski? Por favor, quiero hablar con usted. Veo que está muy alterada, pero es preciso que me escuche. No puede seguir aquí, en la calle, en esta actitud, ¿me comprende? ¿Escucha lo que le estoy diciendo, señora Kurzinski? Por favor, contésteme.

Pero la mujer permanecía sentada, llorando con el rostro escondido, sin dejar de gemir como la sirena de un barco en medio

de una tempestad. Para colmo, una lluvia mezquina pero insistente comenzaba a ensuciarlo todo, y la imagen de la señora Kurzinski rodeada de ropa desparramada en el suelo, humedeciéndose poco a poco, como si fuese a derretirse bajo la luz apagada de un cielo entintado, hizo que la agente Sarah Farrington, acostumbrada por oficio a ver toda clase de cosas de variado tamaño, color, forma y estado, no pudiese evitar darse la vuelta buscando una señal de ayuda en su compañero el agente Andrew Miles, quien a su vez le devolvió la mirada con la misma expresión de asombro e impotencia en los ojos, de modo que la agente Sarah Farrington no tuvo más remedio que acercarse un poco más a la señora Kurzinski, que agitaba convulsivamente su cuerpo empapado de lluvia y lágrimas, y tras un instante de dubitación apoyó su mano en el hombro inmenso y carnoso de aquella mujer que ahora, y a pesar de su inmenso volumen, parecía una criatura pequeña y perdida en el desamparo de la ciudad que con la lluvia y la calma recobraba su indiferencia.

Toda la profesionalidad de la agente Farrington resultó inútil para impedir que fuese sorprendida por la inesperada respuesta de la señora Kurzinski, quien al sentir el contacto de aquella mano sobre su hombro reaccionó como si estuviese dotada de un mecanismo a pistón, y de un golpe hizo caer al suelo a la mujer policía. La escena cambió en una fracción de segundo, y los agentes se encontraron forcejeando e intentando esposar a una mole de más de cien kilos de peso y de furia que se resistía como una presa salvaje, al tiempo que por la boca dejaba escapar toda clase de insultos y amenazas contra los mismos nombres que no había cesado de invocar. Durante unos minutos los agentes consideraron la posibilidad de solicitar refuerzos, pero el orgullo pudo más que la necesidad, y al cabo de un rato consiguieron meter a Anne Kurzinski en el coche patrulla y llevarla al servicio de urgencias del Carney Hospital. Para entonces la mujer había dejado de gritar, balbuceaba frases ininteligibles, y su cuerpo se sacudía de forma espasmódica como si fuese a sufrir un ataque inminente.

El médico de guardia logró conversar unas palabras con ella y administrarle una inyección de Haloperidol mientras los agentes Farrington y Miles daban el informe a comisaría. A la señora Kurzinski le caían bien los médicos, y aquel joven le inspiró una inmediata confianza. Media hora más tarde, Anne dormía en una cama del hospital. Su respiración entrecortada y algún ligero temblor en el rostro daban prueba del violento estado de excitación en el que se había encontrado, pero al menos ahora se mantendría calmada. Clavada en la vena de la mano izquierda, una vía inoculaba de a poco un cóctel de medicamentos que aseguraban la sedación. El médico conversó con los agentes para saber a quién debía avisarse. Los policías no tenían ninguna clase de información sobre la detenida, salvo que la denuncia había sido interpuesta por su exmarido. La agente Sarah Farrington habría podido presentar cargos de resistencia y agresión a la autoridad, pero no tenía intención de hacerlo. Le pareció que la mujer era ya demasiado desdichada, y al fin de cuentas el golpe que le había propinado no tenía importancia. Ahora que se hallaba dormida y con atención médica, no había motivos para que los agentes siguieran allí.

Gracias a la medicación la señora Kurzinski se mantuvo estable durante la noche y al día siguiente fue dada de alta. Como en el momento de ser detenida no llevaba ni dinero ni abrigo, y nadie la esperaba ni se había interesado por ella (a excepción de la agente Farrington, que bien temprano por la mañana se había dejado caer por la guardia unos minutos para saber cómo iban las cosas), el médico saliente le entregó un billete de veinte dólares para que pudiese tomar un taxi hasta su casa, pero la señora Kurzinski se negó en rotundo, y afirmó que iría andando, que le haría bien caminar un rato para poder ordenar sus ideas.

Apuesto estos veinte dólares a que adivino lo que va a hacer, le dijo el médico a uno de los enfermeros que en la salita de guardia hojeaba el periódico mientras bebía un gran vaso de café.

El enfermero no levantó la vista del periódico, y asintió con un ligero resoplido. Claro, es evidente. No hay quien se lo saque de la cabeza.

Anne Kurzinski anduvo un buen rato tratando de orientarse sobre su situación. Cuando por fin reconoció las calles y logró ubicar sus coordenadas, aceleró el paso y se dirigió lo más rápido que pudo hacia su casa, mejor dicho, hacia la que alguna vez fue su casa, y que ahora estaba ocupada por su marido, o exmarido, daba igual cómo quisiese nombrarse, para ella era su marido, el grandísimo hijo de puta que la había expulsado de su casa quedándose con todo lo que le pertenecía, incluso sus dos hijas, esas dos desagradecidas que la traicionaron a pesar de los enormes sacrificios que había hecho por ellas, pero no iba a rendirse, no iba a aceptar que la derrotasen de esa manera, y que la privasen del papel más importante de su vida, el de ser madre, porque era eso para lo que había sido destinada en este mundo, ser madre, y si no querían entenderlo por las buenas, entonces no era culpa suya que tuviese que apelar a la fuerza. Al llegar, tocó el timbre del portal con insistencia y nadie respondió. Cruzó a la acera de enfrente para tener una mejor perspectiva de las ventanas, pero no logró ver nada. Entonces se puso a dar vueltas por las inmediaciones, hasta que descubrió el coche de Richard aparcado en una calle. En realidad no era el coche de Richard, pero ella estaba absolutamente convencida de que sí lo era. Incluso le pareció ver sobre los asientos una de esas revistas de deportes que él solía leer. La respiración y el pulso se aceleraron. Intentó abrir las puertas, pero estaban cerradas. Dio una patada a uno de los costados, lo que llamó la atención de un hombre que pasaba por la calle. Anne miró a su alrededor y sus ojos se encendieron ante la visión de una pila de baldosas de cemento que los empleados de una contrata del ayuntamiento habían dejado para reparar la acera.

Lo siguiente que recuerdo es lo que usted ya sabe. El juez me tomó declaración, y me indicó que tenía que venir a verlo.